

Tampoco es sudoku

Antonio Vera

Tampoco es sudoku

La Paz: Perra Gráfica Editores, 2014

Es cada vez más frecuente que la circulación de los libros se promueva sólo desde su condición de mercancía, esto genera que su materialidad se está uniformando, tan espeluznantemente, que el diseño y la impresión se reducen a una tapa couché, una foto sugestiva y una cintita roja que bordea el libro. *Tampoco es Sudoku* se opone a esta concepción, presta atención al libro como objeto de culto, como fetiche y promotor de los impulsos que están detrás de toda colección. Este libro, en su dimensión de objeto, hace pensar nuevamente en la particularidad, en la diferencia y la belleza. El hecho de que hayan salido sólo 300 ejemplares numerados, muestra también la conciencia de finitud, es decir, el contrapunto a las posibilidades infinitas de la reimpresión que se piensa inagotable. En definitiva, tenemos en las manos un hermoso objeto que se ha elaborado con cuidado y en la que han intervenido, casi artesanalmente, una Mano de mono y otras cuantas: Frank Arbelo, Rolando Costa y Daniela Rico. Hermosa invitación a la lectura. Un detalle más, en la segunda solapa, en vez de la foto reilona del autor y su biografía, campea solito el número uno (1), anunciando una colección, ojalá.

Dejando de lado las tapas, en este libro se cuenta la historia de una desaparición y una búsqueda; en efecto, X ha desaparecido y su ex novia y un periodista peruano lo buscan afanosamente, siguiendo pistas que los conducen por varios lugares de la ciudad de La Paz y sus alrededores. Hasta aquí un esqueleto, de por sí interesante y que podría fascinar a cualquier seguidor de formalismos o estructuras que repiten versiones de lo mismo: alguien busca o desea algo, alguien se opone y alguien ayuda. Pero lo que importa es vestir al esqueleto.

El narrador es un periodista peruano que viene a cubrir la clasificación de Bolivia al mundial de 1994, la historia se construye alternando momentos de lucidez, borrachera, lagunas y despertares: “Desperté en una habitación fría e iluminada. Estaba casi desnudo, tapado por un edredón rosado y varias frazadas que despedían un profundo olor corporal. No había nadie

más. Me levanté con mucha dificultad. Me dolía todo el cuerpo...” (p. 27). La desaparición de X tiene un transcurso similar: ciertas pistas, algunos cuadernos con sus anotaciones y dibujos, alguna gente que lo conoció y varios puntos ciegos.

El periodista no tiene alma de investigador (ni de deportista) y se ve involucrado en la búsqueda de X sobrepasado por las circunstancias. En realidad se siente atraído por la ex novia de X, le gusta la copa y todo “complota” para que no se vaya de La Paz, actúan sobre él esas extrañas fuerzas que hacen que uno se quede, por más que quiera irse (pasa sobre todo en/con lugares montañosos).

La ciudad de La Paz, por la que transita la historia, no es la de los márgenes precisamente, pero tiene algún vaho (literal), cierto guiño que convoca a callecitas estrechas, bares de toda calaña y recovecos, como el “Rancho Seco” o el “Lirio”, lugares propicios para la aparición de enanas, prostitutas y travestis. El gesto de transitar por esos lugares es honesto, contrario a la pose, a la mera exploración, a la simple imitación y, aunque parezca contradictorio, no se plantea como condición necesaria para narrar una historia en la ciudad de La Paz.

El sudoku es un rompecabezas matemático, se trata de encontrar los números que corresponden a las casillas vacías, tomando en cuenta las pistas ya existentes. En esta narración, el sudoku (metáfora de la búsqueda), tiene una X irresoluble al centro, eso posibilita que los números se ordenen alrededor de múltiples formas sin dar realmente en el blanco. Pero no hay que desesperarse demasiado, un poco al estilo de uno de los personajes que aparece al final del texto:

Ernesto, el papá de Laura, hacía sudokus todo el día. Resolvía uno en dos o tres días. Lo llevaba doblado en el bolsillo en su cíclico recorrido por el jardín, el patio, en la sala de TV, el comedor y de rato en rato lo sacaba, lo miraba largamente, escribía uno o dos números y lo volvía a guardar (p. 82).

Una buena novela, sin duda, fácil y compleja a la vez, imprescindible a la hora de recontar lo último que se ha publicado en el país.

Omar Rocha Velasco